

Perdiendo la compostura

Agueda del Valle



LETRAS DE AUTOR

© Agueda del Valle

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
www.letrasdeautor.com

Primera edición: mayo 2015

ISBN: 978-84-16362-49-3

Depósito Legal: M-9949-2015

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

INDICE

PRÓLOGO	7
CAPITULO I.....	11
CAPITULO II.....	21
CAPITULO III.....	29
CAPITULO IV	45
CAPITULO V	57
CAPITULO VI	65
CAPITULO VII.....	71
CAPITULO VIII	79
CAPITULO IX	89
CAPITULO X	99
CAPITULO XI.....	111

CAPITULO XII	117
CAPITULO XIII	129
CAPITULO XIV	137
CAPITULO XV	143
CAPITULO XVI	149
CAPITULO XVII	157
CAPITULO XVIII.....	161
CAPITULO XIX	171
CAPITULO XX	187
CAPITULO XXI	197
CAPITULO XXII.....	205
CAPITULO XXIII	219
EPÍLOGO	223
I.....	223
II	235
III.....	239
IV	245
V.....	249
VI	259

PRÓLOGO

Luigi Pirandello escribió *Seis personajes en busca de autor*. En esta novela las protagonistas, los personajes, son cuatro, todas ellas mujeres. Y no van al encuentro de un autor porque lo han encontrado. Es otra mujer, llena de ingenio y sensibilidad, que prefiere esconderse bajo el anonimato para dejarnos cuatro retratos femeninos dibujados con el corazón y la experiencia. Hubiera querido que firmara la obra con su nombre pero hay que respetar su deseo de que sean las magníficas cuatro las que acaparen el interés del lector dejando bajo el misterio a su creadora.

La novela arranca en la antesala de un médico, donde, a la espera de la llegada del doctor, aguardan cuatro pacientes. No se conocen, son muy distintas incluso físicamente. De edades y extracción social diversas, con el pasar de las horas de espera inician una conversación que terminará en complicidad,

comprensión y amistad. A lo largo de las páginas vamos encariñándonos con éstas que bien podríamos llamar "asistentas por horas" ya que les une su papel de abuelas, su entrega al servicio de sus hijas, el amor y el cuidado de los nietos . Se anulan, se vuelcan con los pequeños sin horario, sin una queja. Son abuelas a todas horas. No tienen vida propia, se desviven con generosidad absoluta no siempre agradecida y comprendida.

La autora enlaza el cuarteto contándonos confidencias, problemas, desilusiones, alegrías y los momentos amargos que tampoco faltan, hasta llegar a un final que no quiero revelarles para que, recordando la canción del grande Serrat, lo descubramos *paso a paso, haciendo camino...* al leer.

La autora es además de licenciada en Derecho, una estu-
penda pintora , es otra de sus facetas artísticas, y en el libro dibuja cada rincón del alma de Lola, Patricia, Mercedes y Gabriela. Diferentes entre si pero con el común denominador de cargar sobre sus espaldas el peso del desamor, del abandono, del dolor. El fardo de la desilusión, incluso de la enfermedad. Paginas que entrecruzando historias , cambian patrones, maridos, madres, hijas... La novela es un canto a la extraordinaria figura de "la abuela". Cuantas personas le deben a la abuela el ser, lo que siempre se ha llamado "persona de bien".

Guiadas por la autora que además de esposa y madre ,tiene siete nietos; que sabe lo que significa querer y sacrificarse por

amor, sin perder en ningún instante la sonrisa, conocemos a estas cuatro mujeres, prototipos de millones de nosotras. Ellas nos sorprenderán, conmoverán y deleitarán , al mismo tiempo aprenderemos una lección de vida. Y les aseguro que además les resultará una lectura deliciosa , que hace reflexionar.

PALOMA GÓMEZ BORRERO



CAPITULO I

Llevaba sentada en aquel sillón más de una hora. El suave olor a manzana y canela le había resultado agradable pero, con el paso del tiempo, Gabriela empezó a notar que le fastidiaba, lo percibía como espeso y pegajoso y comenzaba a sentirse incómoda.

La sala era amplia y con grandes ventanas, decorada algo simple...pero, se dijo a sí misma, ¡qué me importa que esté decorada o deje de estarlo! Sus pensamientos, como un caballo desbocado, cabalgaban solos por el cerebro, unas veces sin orden y otras a galope tendido. Lo mejor será doblegarlos, pensó, o el corazón me va a estallar, se notaba las pulsaciones muy rápidas y un profundo malestar.

Estas reflexiones vanas se debían a que no estaba en condiciones de esperar, aunque aquella sensación no era nueva, ni tampoco ésta era su primera visita al médico.

Ya estaba a punto de levantarse y marcharse pero pesó más en su ánimo la necesidad de pedir ayuda, aunque sin ninguna esperanza de que nadie pudiera solucionar su problema. Además, la idea de que le mandasen mil pruebas le asustaba pero, por otra parte, ya no podía más, su estado de apatía y angustia no era normal.

Siempre se había considerado equilibrada, con capacidad para ser feliz y con fortaleza para afrontar los problemas. Quizás era la edad, con casi setenta años, debía ser normal tener problemas de salud.

Ante el aburrimiento por la tardanza, empezó a analizar a las otras personas que había en la sala. Esto era un rasgo de carácter muy suyo, recordó cómo su marido nunca dejaba de asombrarse cuando iban paseando por la calle o se sentaban en una cafetería y como hubiera alguna mesa cerca con gente, sin ella quererlo pero sólo con mirarles, decidía su vida y milagros, qué les pasaba y qué relación tenían... En una ocasión había enfrente una señora mayor con una más joven que estaban comiendo y ella le dijo a su marido: “esas dos mujeres, que están en esa mesa, son suegra y nuera”. Su marido, con una sonrisa le respondió: “ya estás otra vez, mira que eres fantasiosa, ¿qué te hace pensar eso?” Esto último se lo dijo con cierta curiosidad. “Pues porque están comiendo, guardando las normas, mira como se llevan la servilleta a los labios con un breve gesto, cada vez que beben agua, los brazos pegados al cuerpo

cuando usan los cubiertos, no prueban la comida la una de la otra y el tono de sus voces es suave. Si fueran una hija y una madre, todo sería distinto. Y, no creas, se ve que es una nuera y una suegra que se llevan bien, se ríen mucho y la una escucha a la otra, pero se nota que están jugando a las señoritas”. En ese momento entró un compañero de su marido y al verlos se acercó a saludarles: ¿Qué tal Gabriela, cómo estás? ¿Y tú, Jaime? ¡Qué alegría veros! He venido a comer aquí con mi mujer y mi nuera, acaban de salir del ginecólogo, ella está de dos meses...

Gabriela decidió aparcarse sus recuerdos y volver a la realidad de aquella sala de espera.

A la derecha, estaba una señora morena, de pelo corto, con aspecto de ser más joven que ella, casi seguro, no habría cumplido ni los sesenta y cinco. Llevaba un elegante traje de chaqueta azul marino y debajo una camisa blanca de seda natural, asomando por el cuello en forma de volante, muy bonita pero pasada de moda, unas tres temporadas, collar de perlas y sortija de zafiros y unos maravillosos zapatos de tacón alto de diseño, por lo que estaba claro que era una señora aunque no le sobraba el dinero. Los zapatos indican siempre la personalidad y circunstancias de quien los lleva. Sin embargo, su corte de pelo era muy actual, poco maquillaje pero muy acertado, los ojos negros bien delineados y muy expresivos y las uñas impecables en color nácar.

La que tenía enfrente era de una edad más difícil de concretar, quizás rozando los sesenta. En vez de pantalones llevaba unos leggins de flores y camisa negra, melena rizada y alborotada de color rojizo, por encima del hombro y algunas pecas en su cara, ojos color miel, muy maquillada, tenía un aire desenfadado, progre. ¡Ah! y calzaba unas deportivas. Y cuando a esa edad se va en deportivas es que se está muy de vuelta de la vida, se ha tirado la toalla y se decide no ir incómoda. ¿Por quién, para qué? Se notaba que mandaba en su vida y esto le produjo a Gabriela mucha envidia.

A su izquierda, la última de las pacientes, la tercera mujer. Le pareció de esas personas que se van abandonando en brazos de la vejez: el pelo canoso recogido en un moño bajo, la cara lavada, aunque, fijándose en sus facciones, eran correctas, imposible calcular su edad.

Vestida con una falda negra, camisa clásica y zapatos negros de tacón bajo y muy grueso, sin duda le dolerían los pies o se los había operado recientemente. Se movía constantemente como si no pudiera controlar sus movimientos.

Resumiendo, eran la elegante, la liberada y la disfrazada de viejecita.

El tiempo iba corriendo y pensó que aquello ya era demasiado, pero no le dio tiempo a más consideraciones, el silencio se rompió y la mujer de la falda negra exclamó:

– ¡Esto es intolerable! Llevamos dos horas y el médico no aparece, la enfermera de recepción no sabe nada y yo ya no puedo esperar más.

– ¡No te joooroba! A mí me duele la espalda un montón y ya no aguanto ni un minuto más, dijo la de los leggins de flores.

– No se pongan así, habrá algún motivo para que el médico tarde tanto. Hay que darle un margen, contestó la más elegante de las tres.

– Usted será muy comprensiva y se tragará todo, pero yo ya me he hartado y voy a montar la gorda. A esta hora tendría que estar en otra parte, repuso la de los leggins. Por cierto, ¿cómo se llama?

– Yo, Patricia ¿y usted?

– Lola.

– Pues, yo soy Mercedes, dijo la del pelo canoso y no me importa nada esperar. Aquí, al menos, está una tranquila.

– Porque usted lo dice, exclamó Lola. Está más nerviosa que un flan de gelatina, le tiemblan hasta las gafas.

– ¿De verdad se me nota tanto?

– Sí, un poco, pero sus motivos tendrá.

– No se preocupe, dijo Patricia, todas estamos en esta sala

de espera porque no nos encontramos bien y eso nos altera un poco.

Entonces Lola volvió a intervenir:

– Yo he venido porque tengo taquicardia y me duele el corazón, así que no me puedo ir ni “jarta vino”. O este médico me da un electroshock, o me suicido.

– En realidad, dijo Patricia, yo no sé porqué he venido, me siento bien y soy feliz. Únicamente que me noto una flojera y un cansancio anormal.

– Ya que están tan comunicativas, les diré que yo me llamo Gabriela y que, aunque no me gusta hablar de mi intimidad, tengo algo en mi interior, no es fácil describirlo pero es como si el mundo se hubiera oscurecido, como si mi corazón quisiera dejar de latir.

– Pues, si le hace sentir menos mal, la verdad es que ha descrito perfectamente lo que yo siento, dijo Patricia. Es una falta de interés por todo y una inmensa sensación de que no le importo a nadie, me siento como una cosa de usar y tirar. Y todo esto rodeado de una opresión en el pecho que me ha asustado. Por eso he pedido hora en el cardiólogo, aunque no tengo muchas ganas de que me cure.

Mercedes se puso en pie para hacer su declaración, animada por lo que estaba oyendo y superando su timidez dijo:

– No entiendo mucho lo que me ocurre y no sabría cómo describirlo, pero lo de que no le importas a nadie, lo firmo, lo que dice Gabriela sobre que el mundo se ha oscurecido, también, lo de la taquicardia de Lola y su opresión en el pecho, ni les cuento, en fin, por añadir algo personal, pues...que no estoy llevando bien mi vida, que algo, no sé el qué, estoy haciendo mal. Tengo una gran decepción en mi interior y muy pocas ganas de seguir viviendo.

– Puesto que hemos empezado a sincerarnos, añadió Gabriela, creo que estamos en el lugar inadecuado, no hay que ser muy inteligente para comprender que no necesitamos un cardiólogo, sinceramente creo que las cuatro estamos de psiquiatra, aunque, como para ir al loquero siempre estamos a tiempo, pienso que, a lo mejor, conociéndonos y hablando, podríamos entender algo de lo que nos pasa. ¿No les parece?

– ¡Olé, olé y olé! Has estado sembrada, puedo tutearte ¿verdad?, intervino Lola, ¡si va a ser que estamos como puñeteras cabras! Yo, desde luego, siempre he tenido fuerza y ganas de hacer cosas, planes que ejecutar y mucho ánimo, pero ahora, si pudiera no me levantaría por las mañanas. Las pocas amigas que me quedan me dicen: “Lola, pero si no hay quien te conozca.”

Mercedes, quitándole la palabra y dejando atrás su timidez, aclaró un poco más su situación: Yo, en el pueblo, era muy feliz. Es un pueblo de Extremadura no muy grande, pero

lo suficiente para tener de todo, mi marido era concejal en el Ayuntamiento y todo el mundo me estimaba: “Doña Mercedes por aquí, Doña Mercedes por allá...” Y aquí, en Madrid, no soy nadie y estoy fuera de lugar. Quizás sea éste el motivo de sentirme tan sola y tan abandonada.

– Yo, explicó Patricia, por suerte, tengo a mi marido que es muy bueno, pero estamos muy estresados, cansados y sin fuerza para nada.

El ruido de la puerta al abrirse interrumpió su conversación, era la enfermera que venía a decirles que el doctor había tenido un accidente de tráfico, aunque sin importancia, pero que no podría llegar.

Todas se fueron poniendo de pie y, mientras cogían sus bolsos y chaquetas, se oyó la voz de Lola diciendo: yo creo, pienso, que deberíamos vernos, es necesario que aprovechemos esta ocasión, no nos hemos contado ni la milésima parte de lo que tenemos dentro, ni de algunas cosas que podemos compartir y que, quizás, nos sirvan, al menos, de desahogo y de entender parte de lo que nos pasa. Al salir del portal continuó: ¡mira qué suerte que nos encontremos en la calle Juan Bravo y tengamos varias terrazas donde sentarnos y tomar un café! ¿Os parece?

– Yo, en particular, pagaría por hablar con una persona adulta al menos durante media hora, contestó Mercedes.

- Pues ya tardamos, añadió Patricia.
- Creo que lo estaba necesitando, dijo Gabriela, ojalá me relaje un poco antes de volver a casa.



CAPITULO II

Hacía una temperatura agradable, la tarde estaba cayendo y la terraza estaba muy animada. Encontraron mesa al final del todo, un poco apartada de las demás.

- ¿Qué quieren tomar?, preguntó el camarero.
- Yo un whiskey doble, estoy un poco baja de ánimo -contestó Lola- después de la larga espera en la consulta.

Gabriela y Patricia pidieron un café con leche.

Mercedes, un zumo de naranja.

- Ya estamos aquí, inició Lola la conversación. ¿Por dónde empezamos? Para mí, el mejor psicólogo es uno mismo cuando decide analizar lo que le pasa y quiere ponerle remedio con auténtica voluntad, sin ponerse una venda en los ojos.